



Fuga de cerebros

Brain drain

■ En lo que llevamos de 2010 ha habido en el mundo de la ciencia española dos noticias que merecen un comentario. A saber. El oncólogo Josep Baselga fue nombrado, el pasado mes de marzo, director de la División de Oncología y Hematología del Massachussets General Hospital de Boston y catedrático de la Harvard Medical School. Según se ha dicho en los medios, simultaneará esta nueva ocupación con la dirección científica del Instituto de Oncología de Vall d'Hebron (VHIO), del que era su director. Es cierto que desde hace años existe una fluida colaboración entre ambas instituciones. Pero también lo es que nuestro oncólogo —dicho lisa y llanamente— ha hecho las maletas y se ha ido (con esposa e hijos). Aunque venga de vez en cuando a presidir alguna reunión de coordinación científica y a seguir atendiendo su consulta privada, el día solo tiene 24 horas.

Ayuda a entender el porqué de su marcha, sus declaraciones a la prensa: “En Boston, existe una gran concentración de ciencia”, lo que representa una “concentración de talento y oportunidades”¹. “La única crítica que tengo es para el Gobierno central, que no ayuda lo suficiente a la investigación en este país”... “Si se financia el CNIO con tantos millones de euros, ¿cómo es que no hay el mismo apoyo para otras iniciativas que se desarrollan en los hospitales?”².

La otra noticia que tiene interés resaltar, también acontecida en marzo, es la distinción con el premio Templeton (un millón de libras esterlinas) al científico Francisco José Ayala, de la que se hicieron eco los periódicos españoles con titulares como este: “El primer español galardonado con el premio Templeton...”. Ante afirmaciones como ésta, hay que empezar recordando que Ayala, nacido en Madrid (1934), emigró a EEUU en 1961 y, una década más tarde, adquirió la ciudadanía de ese país. Por tanto, Ayala —al igual que Ochoa y otros muchos— no es un producto de nuestra ciencia, como ha trascendido a la opinión pública de una manera algo tramposa, sino de la de EEUU, que es donde ha vivido durante medio siglo y donde han sabido apreciar su talento. Nos guste o no, sus textos científicos se publicaron primero en inglés y, luego, se tradujeron a otras lenguas. Pero lo que aún resulta más sorprendente es que *nuestro* Ayala, que posee medallas y premios de numerosos países, de España solo ha recibido

¹ Europa Press. El doctor Josep Baselga dirigirá la división de oncología del Massachussets General Hospital. La Vanguardia. 11-3-2010.

² Valerio M. Cien oncólogos y 20.000 pacientes esperan a Baselga en Boston. El Mundo. 11-3-2010.

como reconocimiento el título de doctor *Honoris causa* en alguna universidad. Ni tan siquiera es miembro de la Real Academia de Ciencias. Y tampoco pudo ser catedrático, vaya usted a saber por qué. Así, cuando un periodista de EFE le preguntó si había deseado regresar a la tierra de su niñez y juventud, respondió esto: “Sinceramente yo quise volver. Pero en España hay mucho nepotismo, los cargos se entregan a los amigos, a los parientes. Los que valen tienen muchas dificultades para triunfar”³. No es tiempo de enredarnos en saber si Ayala exagera o no, sino de actuar sobre lo que estamos haciendo mal para que personalidades como ésta cambien de idea. En una reciente entrevista, el oscense Carlos Saura (*El Cultural*, 9-4-2010) daba otro golpe en el mismo clavo: “somos muy tribales, tenemos eso de: ‘Oye, ¿puedes poner a mi sobrino?’ Y, luego, ‘¿te acuerdas de ese sobrino?, pues ahora tengo un hijo’”.

En nuestro país, la sangría de buenos científicos (y profesionales) la provocan los que están en el poder, pues no hacen nada serio por cohibirla. Ello, sin embargo, no es óbice para que a no mucho tardar, acompañado del correspondiente aparato mediático, se haga un gesto de reconocimiento al premiado, a la par que se enfatiza —como si de la primera vez se tratase— que hay que hacer todos los esfuerzos posibles para repatriar a nuestros investigadores.

También este biólogo y pensador, que se licenció en la Universidad de Salamanca antes de partir para EEUU, ha hecho notar en las entrevistas otro de los motivos que dan pábulo a esta penosa situación, esto es, la inextinguible fuga de nuestras mejores cabezas: “Aquí, en EEUU, se busca la calidad. Algo que desafortunadamente no ocurre en España”³.

Efectivamente, las cosas no suceden azarosamente, sino en un contexto, en un ambiente, que viene marcado por fenómenos culturales, sociales y morales. Y uno de los fenómenos más señeros de la España de hoy es, precisamente, la poca estima que hay por la calidad. No nos damos cuenta de que cuando la cultura laboral, en cualquier ámbito, constituye un obstáculo para el fomento de determinados valores, por ejemplo, el trabajo bien hecho (y su posterior reconocimiento), los profesionales más lúcidos tratan de progresar por otros medios, llegando incluso a hacer sus maletas. Pues nuestro sistema, vanamente, se empeña en ir contra uno de los instintos más prístinos de la especie humana, en palabras de Adam Smith (*La riqueza de las naciones*; II,III), “el esfuerzo uniforme, constante e ininterrumpido de cada hombre por mejorar su condición”.

* * *

Al igual que siempre, los que hacemos esta Revista de Humanidades agradecemos a los amables lectores sus comentarios y a nuestra benefactora, la Fundación Pfizer, el apoyo incondicional con el que nos distingue. Hasta el próximo mes de noviembre.

José Luis Puerta
jl_puerta@yahoo.com

³ EFE. “En España, los cargos se entregan a los amigos y a los parientes”. ABC. 25-3-2010.